

69/4

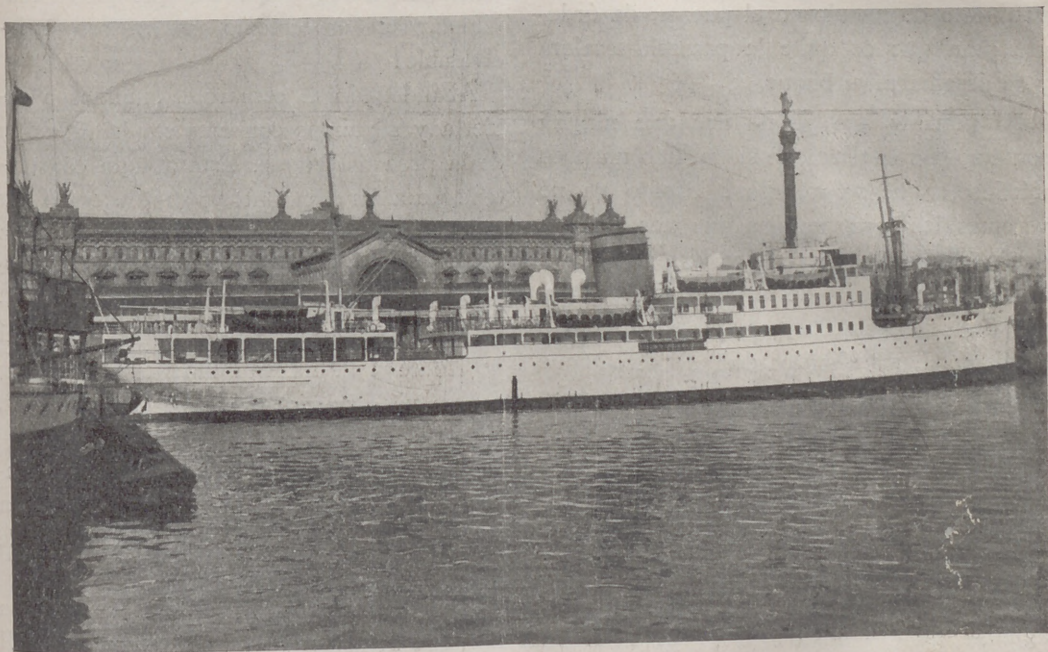
# EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

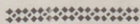
Madrid, 5 de agosto de 1934

Número 31

## PUERTO DE BARCELONA



## Un viaje a Mallorca



**M**is queridos sobrinitos: Vamos a dejar por hoy nuestra sección de *Pasatiempos* y *acertijos* para hacer un viaje a esta hermosa isla de Mallorca. ¿Qué os parece? Yo creo que no ha de pesaros el ir conmigo a visitar esta Isla Dorada y que el viaje no ha de marearos.

Es muy probable, que ninguno de vosotros haya visitado Mallorca, y siendo así ha de ser muy interesante el viaje.

Vamos a partir desde Barcelona, que es la ciudad con quien tiene mayor relación la isla. Son las nueve menos cuarto de la noche, y nosotros que somos siempre puntuales y llegamos a los sitios con antelación, estamos asomados a la borda del buque, que se ve en la fotografía y contemplamos el espectáculo. En el muelle se ve bastante gente hablando, mozos cargados con maletas y baules que suben y bajan por la es-

calera del buque, coches de hoteles y un gran número de "taxis" que van dejando a los pasajeros que han de embarcar.

De pronto, la sirena de la motonave nos anuncia que ha llegado la hora de partir. Tanto en la cubierta del buque como en el muelle, todo son abrazos, despedidas y lágrimas. Otros sonríen alegremente pensando en las bellezas naturales que han de contemplar sus ojos a la mañana siguiente. Una vez el reloj marca las nueve, el capitán, en su puesto de mando en el puente, da órdenes para que se quite la pasarela-escalera y se desamarre el buque.

Al percibir que ya no nos une ningún contacto con la tierra, se siente uno un poco miedoso, ¿qué va a pasar? Pronto ya no veremos las caras amigas que nos saludan desde el muelle. La cadena del áncora va subiendo por medio de una maquinilla a vapor e insensiblemente nos vamos separando de tierra. Unos minutos después otro toque de sirena nos comunica que el último cabo ha sido recogido, que el áncora ya no sujeta y que por lo tanto la motonave va a poner sus motores en marcha hacia la boca del puerto y alta mar; y, en efecto, en aquellos momentos oímos el trepidar de los motores y el ruido de las hélices que cortan el agua.

¡Vamos, sobrinitos, a la proa! Los buques anclados en el puerto con sólo encendidas sus luces de situación nos parecen monstruos marinos dormidos. A la izquierda, una luz verde: es la farola de la escollera que cierra el puerto de Barcelona. Pero ¿qué estáis mirando? Vuestra infantil curiosidad quiere vislumbrar lo que se ve en frente, pero la noche es oscura y sin luna y, por lo tanto, sólo las tinieblas impenetrables están delante de nosotros. Alguno de mis sobrinitos se me agarra a las piernas; tiene miedo; la masa oscura hacia la cual nos dirigimos le hace temer un fuerte choque con ella o con algo que esté por allí. Pero no. Podemos irnos a la cama tranquilos, porque el

capitán sabe guiar el barco y nuestro Capitán, Jesús, nos guarda de todo peligro.

Para bajar a los camarotes, hemos de pasar por el comedor, donde los demás pasajeros cenan o charlan. Nosotros, deseosos de levantarnos temprano a la mañana siguiente, nos echamos en nuestras literas.

\* \* \*

Son las cuatro de la madrugada. ¡Arriba, sobrinitos, a desperezarse el que quiera contemplar un espectáculo maravilloso e inolvidable!

Abandonado el camarote, subimos a cubierta y seguimos con la vista la intención de la proa del buque. Esta apunta constantemente a un promontorio tajado como por una descomunal cuchillada. Es la isla de la Dragonera. Un faro que se vé en una de sus puntas nos parece el ojo del monstruoso dragón, cuyo perfil vemos recortado en el horizonte a la incierta luz del alba y que parece vigilar cuidadosamente el paso para la bahía.

Una vez en la isla, la motonave pone rumbo a Cala Figuera, que es donde empieza la magnífica bahía de Palma, la capital de la isla y de la provincia.

En estos momentos el parloteo chillón de mis pequeños sobrinitos ha cesado ¿cuál es la causa? Con la mirada sigo la dirección de sus ojos, y veo que contemplan, atónitos y maravillados, la salida del sol. ¡Bien merece la pena madrugar para ver este espectáculo! El que lo ha visto una vez, no lo olvida nunca, nos decía un amigo, y tenía muchísima razón. El sol, de un rojo subido, pone de color granate las rocas inmensas de la costa mallorquina y el azul del cielo se ve reflejado en las ondas transparentes y tranquilas del mar, el corazón queda en suspenso, hasta que saliendo de su sopor, exclama: "¡Cuán grande es Dios!"

Pero cuidado, sobrinitos, estamos pasando ante el puerto de Andraitte y un poco más arriba hemos de ver la cala Santa Ponsa,

famosa por ser en ella donde desembarcó Don Jaime I el Conquistador, al apoderarse de la isla.

De Cala Figuera divisamos ya la ciudad de Palma de Mallorca; casi ya llegamos; falta todavía una hora corta; la sierra Na Burguesa se nos muestra con todo su esplendor; al llegar al cabo y faro de Porto-

Pi, un macizo de piedra dorada se aparece a nuestra vista... es la Catedral. ¡Hemos llegado!

Mientras esperamos el coche que ha de llevarnos al hotel y a descansar, se despide por unos momentos de vosotros, vuestro

*Tío de Mallorca*

## UN MUCHACHO RECTO



ERA tiempo de invierno. Estaban las montañas envueltas en un espeso manto de nieve, y nieve había en los campos, allanada por el viento, que soplabá con fuerza. Los prados, en otras temporadas llenos de gente y animales, estaban desiertos; únicamente unos pájaros, revoloteando atemorizados, reposaban por unos momentos en las ramas deshojadas y escarchadas de los arbustos y afilaban en balde sus picos en los chupones de hielo; unos cuervos volaban en todas direcciones, y, contrastando con su plumaje negro, parecía ser la nieve más blanca; el silencio sólo fué interrumpido por unos graznidos. Alrededor no se veía ni una sola persona, y aunque alguien pasara, no se oían sus pasos en la nieve blanda. Parecía que el frío intenso impedía cantar alguna copla que suele cantarse por la gente juvenil. Muy a menudo la densa niebla gris escondía el cielo azul y espesos copos de nieve bajaban y cubrían toda la comarca.

En este tiempo se estaba más a gusto en la habitación grande del cortijo, donde el techo bajo impedía al calor escaparse, y hasta en la más miserable choza, donde había abundante leña del bosque cercano. En casa del rico aldeano Salvador se pasaba mejor que en ninguna otra casa. Esto no es de extrañar, porque una gran parte del bosque era suyo, y por eso su cortijo lle-

vaba desde tiempos antiguos el nombre de "El Pinar". No había necesidad de economizar, porque siempre quedaba más de lo que el aldeano podía gastar o vender. Casi todos los días dos fuertes caballos llevaban un carro lleno de leña a la ciudad, y todavía quedaban muchas provisiones, como si él hubiese imitado a José en Egipto y hubiera amontonado y ahorrado para este invierno, de un frío tan excepcional.

Salvador era el más rico y al mismo tiempo el más respetado personaje de todo el pueblo, y esto tenía su razón de ser. El desempeñaba el cargo de alcalde, leía los periódicos y sabía explicar el Código civil con tanta precisión como si hubiera estudiado Derecho. Sabía exponer con todos los detalles, como los señores de la ciudad que hacían leyes debieran hacerlo. El era siempre partidario de los campesinos, porque eran ellos los que daban el pan al pueblo; por esto él tenía fama en todo el pueblo y en todos los alrededores. Los campesinos decían: "Este es el hombre que nos conviene, pues es inteligente y tiene además un gran corazón para todos nosotros."

Pero además estimaban a Salvador por su generosidad; porque si había escasez en alguna parte, ni su casa, ni sus graneros, ni su bolsa de dinero permanecían cerrados, y muchos haces de leña salían de su casa para los pobres que no tenían; por

otra parte, a los pobres que venían a su puerta todos los viernes con su "Padre Nuestro", no solamente no se les despedía con un "Dios te ampare, hermano", sino que la mujer les llenaba las bolsas que traían con comestibles y les decía: "Dios te bendiga, hermano." Por eso no es de extrañar que la gente les considerase como bondadosos señores. Lorenzo, hijo de un pobre jornalero, que había muerto, quedó huérfano, y el rico aldeano, que era su padrino, le recibió en su casa como a un hijo suyo, cumpliendo así su promesa que había hecho en el bautismo de su ahijado. La viuda del jornalero era sumamente pobre y tenía bastantes cuidados con otro chico y una hijita para poder asistirlos y alimentarlos.

Lorenzo reconocía qué beneficio más grande hacía su padrino a él, a sus hermanos y a su madre. El comía por dos, y siendo aún joven, no podía trabajar como un criado, aunque era de una naturaleza fuerte y de muy buena talla.

Miraba a su bienhechor con respeto y escuchaba sus palabras con interés. Cuando el aldeano le hablaba, estaba como clavado en el sitio, le admiraba y consideraba aquello como una cosa que no llegaba a comprender. Su celo de obedecerle era tal, que algunas veces le confundía de tal manera, que tropezaba y se caía con las prisas que tenía para cumplir los encargos; pero el amo se reía bondadosamente y no le reñía por su torpeza.

Lorenzo era un muchacho alto y esbelto, y su cabello negro y rizado era como un marco bonito a su cara bondadosa y de un color sano que reflejaba la bondad que salía de su corazón. El rico Salvador y su mujer se daban cuenta de todo esto y no podían más que querer al muchacho como se merecía. Pero nadie lo sabía mejor que

la propia madre, y quien hubiera escuchado por las ventanas cuando Lorenzo volvía a su casa, bien podía haberse enterado. El chico no cesaba de alabar a sus bienhechores, tanto al uno como al otro.

Cada día aprendía una nueva cosa: cómo hoy la aldeana había dado a una pobre mujer media hogaza de pan, bastante para un par de días, y cómo otro día había mandado una fuente de harina, manteca y huevos a una pobre coja, y mil otras cosas buenas. Todos, hasta la hermanita pequeña, prestaban atención; la madre doblaba las manos y los niños la imitaban, repitiendo: "Dios les bendiga. ¡Qué gente más buena! Dios bendiga todo el cortijo y a los que viven en él." Por la noche Lorenzo salía a leer a los demás un trozo de la Biblia, y no había gente más agradecida que la viuda y sus hijos.

Ya habían pasado varios meses desde que Lorenzo vivía en compañía de sus bienhechores. Puesto que Lorenzo era un muchacho fuerte, el aldeano sabía apreciar el trabajo que él hacía, pues él mandaba a Lorenzo los trabajos que necesitaban ser ejecutados por alguna persona de confianza. Mandábale limpiar las cuadras, y le ordenaba que lo hiciese como a él le parecía mejor. El muchacho siempre cumplía; pero a pesar de esto, una vez ocurrió que él no pudo hacer lo que el amo le mandaba, y ahora veréis por qué sucedió esto.

"¡Lorenzo!—llamó una tarde el amo cuando el chico venía de la casa de su madre—. Tengo una carga de leña; el carro está en el cobertizo; engancha mañana temprano las dos yeguas viejas, que aún sirven para esta tarea, y llévalo a la ciudad." Sonriendo cariñosamente, añadió: "Ahora eres chico aún; luego serás criado, y más tarde, amo del cortijo."

(Continuará.)

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

**Librería Nacional y Extranjera:** Caballero de Gracia, 60 - Madrid.

Imp. Castilla - Marqués de Urquijo, 10